

## La Gironda y la Montaña.

Lo había dicho Danton: en la mujer estaba la piedra de toque de la revolución.

Lo que pasaba en su casa se reproducía á cada instante y en todas partes.

Desde el palacio real, en donde se levantan numerosas y apiñadas casas, hasta las soledades de Bretaña, en las que apenas se encuentra una cabaña de legua en legua, la mujer debilitaba la resolución del hombre.

Si bien pueden citarse algunas mujeres vehementes é intrépidas, como Olimpia de Gouges y Théroigne de Méricourt; matronas nobles y animadas por el patriotismo, como Mad. Roland y madame de Condorcet; amantes y fieles hasta la abnegación, como Lucila y Mad. Kéralio, en cambio hubo inmemorables que fueron el reverso de la medalla.

Las emociones políticas demasiado vivas, las alternativas de la vida y la muerte impulsaban al hombre hácia los placeres sensuales.

Decían que Danton conspiraba.

—¿Acaso tengo tiempo? decía; de día defendiendo mi cabeza ó pido la de otros; por la noche me entrego encariñadamente al amor.

Temiendo morir, se tomaba el amor como una diversión.

Cansados de la vida, recurrían á los placeres como á un suicidio.

Cuando un partido decaía, lejos de rehacerse y defenderse, no pensaba más que en coronarse de rosas y morir, como aquellos senadores de Cápua que se envenenaron al final de la comida.

Así murió el constitucional Mirabeau: así morirá el girondino Vergniaud y el franciscano Danton; ¿y quién sabe si el amor del espartano Robespierre por Cornelia la lacedemonia no animara los últimos momentos del jefe de los jacobinos?

Cada temperamento buscaba una distracción.

Existía el palacio real resplandeciente de oro y lujo, en donde las cortesanas *reglamentadas* se acercaban y ofrecían placeres comprados.

Había los salones de Mad. Staël y de Mad. Bouffon, en los que se permitía ser feliz.

Las desgraciadas cortesanas y las damas que acabamos de nombrar, sin que hagamos ni pueda hacerse ninguna comparación, eran los dos extremos de la escala social y tenían tendencias á la reacción; es decir, el primero y último escalon, y en los de intermedio, toda la clase media paralizada por el miedo desde el 2 de Setiembre.

La inercia entre dos fuerzas atractivas.

En el centro de aquellos dos elementos que influían en la culta y baja clase se debilitaban los hombres políticos y se resignaban.

Al resignarse un político se pierde.

Todos aquellos que, henchidos de entusiasmo, se habían presentado creyendo en la igualdad, la unidad y la fraternidad, y que desde luego presenciaban aquellas terribles disensiones de una Asamblea que debía durar tres ó cuatro años, daban un salto hácia atrás y se inclinaban hácia uno de los extremos indicados, y poco á poco perdían, no el valor para morir, sino el de vencer.

Mad. Staël jamás había sido verdaderamente republicana; pero desde que se trató de defender á su padre, Necker, había hecho viva oposición.

Primero, apóstol de Rousseau, se hizo después de la fuga de su padre discípula de Montesquieu.

Era ambiciosa, y no pudiendo figurar por sí sola, ni tampoco por su marido, honrado y demasiado apático, quiso conseguirlo por su amante.

Un día se la vió perdidamente enamorada de un joven fátuo, so-

bre el nacimiento del cual corrian rumores extraños. El señor de Narbonne fué nombrado ministro de la Guerra: ella puso en sus manos la espada de la revolucion.

Pero su mano era demasiado débil para sostenerla, y pasó á la de Dumuriez.

Se creía que Mad. Staël apoyaba á los girondinos y Robespierre tambien, pero era una desgracia para ellos.

Los girondinos no se volvian realistas, pero estos se tornaban girondinos.

El salon de Mad. Bouffon, á pesar de estar cobijado por el *pabellon del príncipe Igualdad*, no dejaba de ser tenido por reaccionario, y estamos seguros que su reputacion era merecida.

Los Laclos, los Sillery y los San Jorge se esforzaron por aparecer demócratas; pero si el último no era un gran señor, era por lo ménos bastardo de un gran señor.

Cuando engañados por el título de la Gironda, se procura encontrar en ese desgraciado partido hombres de Burdeos ó de su provincia, el asombro es grande al no encontrar sino tres; los otros son marseleses, provenzales, parisienses, normandos, lioneses y hasta genoveses.

Esta variedad de origen, ¿no influiria en su destruccion?

Los hombres nacidos en el mismo país tienen siempre algunos puntos de homogeneidad, por los cuales se unen unos á los otros; pero ¿qué lazo puede existir entre el marsellés Barbaroux, el picardo Condorcet y el parisiense Loewe, etc.?

El primer resultado de esta disonancia territorial fué la ligereza.

La Montaña llegó á tener dos jefes, y los girondinos, en lugar de dejarla que se dividiera por esto mismo, se propuso derribar primero uno y despues otro.

Cuando presentó Danton su dimision del ministerio de Justicia, le pidieron sus cuentas los girondinos.

¡Cuentas á Danton, que volvía á su modesta casa de la Travesía del Comercio tan pobre como habia salido!

Preciso era presentar las cuentas, pues ínterin no fuese así, se acusaba á Danton: se resguardó bajo el pabellon de la Montaña;

aquel pabellon estaba en manos de Robespierre; era pues, necesario atacar á Robespierre, el que avanzaba por medio de su impasibilidad: sus adversarios no le abrian camino para lanzarse al encuentro de los acontecimientos, pero sí allanaba á estos los obstáculos para llegar hasta Robespierre.

Vergniaud no habia querido se atacara á Danton, á quien consideraba como el alma de la Montaña.

Brissot rechazaba la idea de acusar á Robespierre porque no se estaba seguro de derribarlo.

Mad. Roland odiaba á Danton y á Robespierre. Era rencorosa como todos los séres austeros; encerrada en una especie de templo, tenia su iglesia, sus fieles y sus devotos; la obedecian como á la virtud y á la libertad misma.

Aquellos homenajes casi divinos la habian lisonjeado demasiado. Dió dos pasos hácia Robespierre, pero nada consiguió, porque él estaba entregado á los Duplay.

El 91 le escribió para atraerlo al partido que despues fué la Gironda; se contentó con ser atento y rehusó.

Le escribió en 92; no contestó.

Era la guerra.

Ya hemos visto cómo le fué declarada á Danton.

Se decidieron, pues, á combatir á Robespierre.

Pero en lugar de encargar á un hombre como Condorcet, como Roland ó como Rabaut-San-Etienne, el ataque fué encomendado á un jóven impetuoso, entusiasta, sí, pero que nada podia contra un hombre moderado como Escipion, incorruptible como Cincinato.

Le hicieron atacar por Loret de Coupvrai, el autor de una novela, si no obscena, por lo ménos silenciosa: *El baroncito de Foblas*.

Un jóven risueño, delicado, rubio, aparentando diez años ménos de los que tenia, traficante de escándalos y héroe, segun dicen, de su novela, atacó al rostro pálido, á la figura austera, al alma íntegra.

Cuando subió á la tribuna solo se oyó un grito general.

—Es Foblas.

La acusacion fracasó.

Desde entonces el rompimiento fué completo entre Robespierre y Roland, la Montaña y la Gironda.

Volvamos á lo que habíamos dicho al principio de este capítulo; que desde el palacio real, centro de casas de juego y de albergues de cortesanos, hasta las soledades de la Bretaña, en donde de legua en legua se ve una cabaña, la mujer debilitaba al hombre.

La revolucion, generosa contra ella misma, abolió en uno de sus primeros decretos el diezmo, y de ese modo hizo entrar al sacerdote en las familias como un amigo, el que hasta entonces se miraba como enemigo.

Introducir al sacerdote en el interior de las familias era preparar á la revolucion su enemigo más peligroso.

La mujer.

¿Quién hizo la sangrienta contra-revolucion de la Vendia? La aldeana, la gran señora, el sacerdote.

Esa mujer arrodillada y que pasa las cuentas de su rosario, ¿qué hace? ¿Reza? No; conspira.

Aquella mujer sentada en su puerta con la rueca á un lado y el huso en la mano, ¿hila? No; conspira.

Esa aldeana que lleva una cesta en el brazo llena de huevos y un cántaro en la cabeza lleno de leche, ¿á dónde va? ¿Al mercado? No; á conspirar.

Esa señora á caballo que huye de los caminos reales y busca los caminos desiertos y senderos extraviados, ¿qué hace? Conspira.

La hermana de Caridad, que parece caminar apresuradamente y deseosa de llegar, y reza su rosario, ¿va al hospital cercano? No; conspira.

¡Ah! esto desesperaba á esos hombres de la revolucion que se han bañado en sangre; esto era lo que les hacia herir á tuestas, matar á la casualidad.

Adivinaban que estaban envueltos por la triple conspiracion de la aldeana, la gran señora y el sacerdote; pero no la descubrian.

Pues bien; todo salia de la Iglesia, de ese sombrío armario de roble, llamado el confesonario.

Leed la carta del armario de hierro, la carta de los sacerdotes re-

beldes reunidos en Angeres el 9 de Febrero de 1792. ¿Cuál era el grito del sacerdote? No pedia le separasen de Dios, sino de sus penitentes. *Se atreven á romper esas comunicaciones que la Iglesia permite y autoriza.*

¿El corazon del sacerdote está en su pecho? No, no está en donde late, en donde ama; está en el confesonario.

Si nos fuese permitido comparar las cosas sagradas y las profanas, describiríamos ese actor ó actriz. Sublimes por el sentimiento de pasion y poesia, ¿por qué tienden á la perfeccion? Por un sér ideal que se han creado, que está en la sala que les mira, que les aplaude.

Supongamos que el sacerdote es casto; entre sus penitentes hay siempre una jóven casada, con la cual es más extenso el campo de las investigaciones, y cuyo rostro, visto á través del enrejado de madera, le ilumina hasta deslumbrarle, y cuya voz se apodera de sus sentidos y penetra hasta su corazon.

Al prohibir al sacerdote el casamiento carnal, le han dejado el matrimonio espiritual, el único del cual se debe desconfiar.

Para la Iglesia no es San José el verdadero esposo de la Virgen, sino el Espíritu-Santo.

Pues bien: en los terribles años 92, 93 y 94, todo hombre cuya esposa se confesaba tenia en su casa un Espíritu-Santo oculto.

Cien mil confesonarios esparcian la reaccion en el hogar doméstico é inspiraban la piedad por el sacerdote refractario, el odio contra la nacion, como si la patria no se compusiera del hombre, de la mujer y de los hijos.

Inspiraban la duda contra los bienes nacionales, contra la prosperidad, el bienestar y la felicidad del porvenir.

Tal era el estado de la provincia, sobre todo en la Vendia y Bretaña. En Paris, la leyenda del Temple.

El rey y su familia hambrientos, ó poco menos.

El rey tenia tres criados, trece reposteros y cinco cocineros.

Su servicio se componia de cuatro entradas, dos asados, cuatro entreplatos, tres compotas, tres platos de fruta, un garrafon de vino de Burdeos, otro de Malvasia y otro de Madera.

En los cuatro meses que permaneció el rey en el Temple, su gasto de mesa fueron 40.000 francos; 10.000 por mes, 333 por día.

Se sabe que el rey era gloton, puesto que *comió* en la Asamblea ínterin mataban á los defensores del palacio que acababa de abandonar; pero de todos modos, con 333 francos diarios no pueden morir de hambre cinco personas.

Los presos que se encontraron en la Bastilla, locos ó idiotas, no recordando ni aun su nombre, estarían peor alimentados.

El paseo destinado para el rey eran unos terrenos áridos y secos, con algun césped marchito y árboles abrasados por el sol del estío, ó deshojados por el viento de otoño: allí se paseaba con su hermana, su mujer y sus hijos.

Pero Latude, que estuvo treinta años en la Bastilla, hubiera mirado aquel paseo cada ocho días como un favor especial.

Pellisson, que en los mismos calabozos no tenía más distracción que una araña, á la que mató su carcelero, que le quitaron la tinta y la pluma, que escribió en el margen de sus libros con el plomo de los cristales; Pellisson, á quien tuvo el gran rey cinco años en la cárcel, no tenía la mesa de Luis XVI.

Silvio Pellico, abrasado por los plomos y devorado por los mosquitos de Venecia; Andryane, que dejaba en las cadenas de su calabozo una de sus piernas gangrenadas, ¿tenían para satisfacer su apetito una comida con tres servicios, ni una vara en cuadro de tierra para pasearse?

Yo sé que no eran reyes, pero sí hombres; hoy, que no se ignora que un rey es un hombre, pido la justicia para ellos, la cadena para sus verdugos, como si fueran soberanos.

Este capítulo lo hemos empleado en trazar lo mucho que se trabajaba sordamente, no solo en toda la Francia, sino también en Paris, para separar la inexorable Montaña de la misericordiosa Gironda. Solo que la reacción, en lugar de dar por resultado la piedad, dió el terror.

¿Desean los lectores saber hasta dónde llegó la reacción?

Leamos las siguientes líneas de Michelet, y que ellas despierten el deseo de leer las demás:

«En San Estéban del Monte tuvo lugar en la Noche-Buena del 92 un espectáculo asombroso.

»La multitud fué tan numerosa que más de mil personas se quedaron á la puerta sin poder entrar.

»Triste cosa que el resultado de la revolución fuera llenar las Iglesias.

»Desiertas en 88, estaban llenas en 92 por una multitud que rezaba é imploraba contra la revolución; es decir, contra la victoria del pueblo.»

Esto fué lo que determinó á Danton á hacer una tentativa suprema para reconciliar á la Montaña con la Gironda.